

# Crisis, crisis, crisis: La normalización de la crisis y el trabajo de la crítica<sup>1</sup>

Rodrigo Cordero<sup>2</sup>

Muy buenas tardes a todas y todos. Deseo comenzar agradeciendo a los colegas del Atelier de Humanidades, André Magnelli, Alberto de Farias y Felipe Maia por hacer posible mi visita a Brasil en el marco de la presentación de la traducción de mi libro *Crítica y Crisis* (publicado originalmente en inglés el año 2017).

Al ver la edición del libro en portugués, no puedo dejar de sentir una enorme alegría por la oportunidad que la traducción me brinda de establecer un diálogo con colegas y estudiantes en Brasil. Los libros siempre adquieren nueva vida en estos diálogos y uno como autor se encuentra con lecturas y perspectivas que le brindan nuevos aprendizajes, descubrimientos y áreas de indagación: cosas no vistas, textos no leídos, problemas no pensados. Me gusta pensar los libros como ensayos inconclusos, ejercicios para desafiar los propios hábitos de pensamiento. Más que una teoría coherente y sistemática (estoy lejos de ser un pensador sistemático o alguien que pretenda ofrecer una “gran” teoría), el libro está construido como un conjunto de hebras que se superponen e intersectan, dejando innumerables cabos sueltos. Si me permiten la imagen, me gusta pensar el *Crisis y Crítica* –y la relación entre ambos conceptos– como un tejido inacabado.

Por eso mismo, además de alegría por la traducción, no puedo dejar de sentir ansiedad debido a una serie de cosas que pensé, abordé y escribí en el libro y que ahora preferiría pensar, abordar y escribir de otra manera. No obstante, creo que el libro contiene algunas ideas que vale la pena considerar en el contexto de nuestra necesidad de

---

<sup>1</sup> Conferência realizada no lançamento virtual da tradução de seu livro “Crise e Crítica: sobre as frágeis fundações da vida social”

<sup>2</sup> Profesor Titular de Sociología en la Universidad Diego Portales. Ha sido profesor visitante en The New School for Social Research y Birkbeck College, y distinguido como miembro del Institute for Advanced Study en Princeton. Su investigación se ubica en la intersección entre teoría crítica, sociología política y estudios socio-legales, teniendo un foco temático en crisis sociales y conflictos normativos, relaciones entre neoliberalismo y ley, imaginarios legales y culturas jurídicas, y sociología de la democracia y de las constituciones. Además de numerosos artículos, es autor de los libros *Crisis and Critique: On the Fragile Foundations of Social Life* (Routledge, 2017) y de *La fuerza de los conceptos: Ensayos en teoría crítica e imaginación política* (Metales Pesados, 2021).

confrontar, especialmente en el contexto latinoamericano, las formas actuales de las crisis sociales y los desafíos que estas plantean para nuestra comprensión de la crítica como una práctica social, política e intelectualmente situada.

## I. Un mundo sin fundamento: La fragilidad de lo social

El problema general que cruza el libro *Crisis y Crítica* es la interrogante acerca de la fragilidad constitutiva de lo social, o más específicamente la fragilidad de los órdenes sociales modernos. Con fragilidad me refiero a la experiencia de vivir en un mundo que, debido a su constitución relacional y pretensión de creciente autonomía de sus prácticas e instituciones, carece de una identidad sólida o de un principio esencial que garantice el orden. Si bien las sociedades modernas han buscado en la unidad de la nación, la racionalidad de la técnica, la soberanía de la voluntad popular, la autorregulación del mercado o la autoridad del Estado un sustrato en el cual anclar los fundamentos de la vida en común, la condición de fragilidad es una constante que se expresa con particular fuerza en momentos de crisis y dislocación: es decir, como decía Marx, cuando se vuelve evidente el hecho de que la “sociedad no es un cristal sólido”.

Permítanme emplear una imagen conceptual para evocar algunas preguntas e inquietudes sobre el fenómeno de la crisis las que pueden resultar productivas, además, para reflexionar acerca del trabajo de la crítica en tales momentos. Se trata de un extracto de los primeros párrafos del libro *La posesión de Loudun*, del historiador y antropólogo francés Michel de Certeau. Publicado el año 1970, el libro reconstruye la historia de un conjunto de exorcismos realizados a unas monjas ursulinas, en una pequeña localidad francesa entre los años 1632 y 1640. El libro tiene varias cualidades, pero la que me interesa resaltar es el particular estilo de escritura que de Certeau allí despliega. El libro es un ensamble de escenas y cada capítulo es una suerte de videoclip compuesto por pequeñas viñetas que recorren espacios concretos (el museo, la plaza de la ciudad, los claustros) para intentar reconstruir, a partir de tales escenas, la experiencia social, estética, afectiva y metafísica de lo ocurrido con los exorcismos.

Las escenas que desarrolla De Certeau en el libro operan como pequeñas "máquinas ópticas" las que, más que elaborar una definición de un concepto o una teoría explicativa de lo que ocurre, buscan producir sentido a partir del ejercicio de tejer la multiplicidad de objetos, prácticas, ideas, mitos, lazos y tensiones que caracterizan y dan forma a un fenómeno tan complejo, y siempre tan elusivo, como las crisis sociales.

Pido su paciencia para leerles el pasaje con el cual comienza el libro de Michel de Certeau; prometo que vale la pena:

Usualmente lo extraño circula discretamente bajo nuestras calles. Pero basta una crisis para que, de todas partes, como desbordado de su cauce por el caudal subterráneo, levante las tapas que mantenían cerradas las alcantarillas e invada los sótanos, y luego las ciudades. Nos sentimos sorprendidos cada vez que lo nocturno se abre brutalmente a la luz del día. Y, sin embargo, ello revela la existencia de lo que está abajo, una resistencia interna que nunca se debilita. Esta fuerza al acecho se filtra en las tensiones de la sociedad a la que amenaza. De repente, las agudiza, empleando los mismos medios y recorriendo los mismos trayectos, pero al servicio de una "inquietud" inesperada, que viene de más lejos; rompe las barreras; desborda las canalizaciones sociales; se abre caminos que dejaran, una vez que haya pasado y cuando la marea se haya retirado, otro paisaje y un orden diferente.

¿Es la invasión de algo nuevo o la repetición de un pasado? El historiador nunca sabe cómo contestar, ya que renacen mitologías que dan expresión a ese desarrollo de lo extraño, como si dicha expresión estuviera preparada para este súbito crecimiento. Estos lenguajes de la inquietud social parecen también negar los límites de un presente y las condiciones reales de su futuro. Así como las cicatrices dan a las nuevas enfermedades el mismo lugar que tenían en las anteriores, muestran por adelantado sus signos y su localización en una huida (¿o en un regreso?) del tiempo. De ahí viene ese carácter inmemorial que se asocia a las irregularidades de la historia ... el fondo oscuro de una inseguridad, una "singularidad" latente, descubierta en la continua multiplicidad de los acontecimientos.

En el pasado, estos movimientos extraños frecuentemente se han presentado con la forma de lo diabólico. En las sociedades que dejan de ser religiosas o que no lo son, presentan otra cara. [Estos movimientos] revelan una incertidumbre cuya expresión misma se convierte en un objeto de pánico y de represión. Afirman la existencia de un hueco que tratan de llenar con los medios de los que disponen, religiosos todavía.

Hay grupos enteros que ya no están seguros de las “evidencias” que no podían probar, pero que suponían un orden social y una organización de valores. ¿A que recurrirán, entonces, para salir de esas perturbaciones intolerables? ¿Como sustituir con tierra firme las certezas socavadas por la sospecha, los recursos que se vuelven increíbles o las situaciones carentes de sentido?

La crisis “diabólica” tiene el doble significado de revelar el desequilibrio de una cultura y de acelerar el proceso de su mutación. No es solo un objeto de curiosidad histórica. Entre otras cosas, es la confrontación de una sociedad con las certezas que pierde y con las que quiere ofrecerse. Toda estabilidad se apoya en equilibrios inestables desplazados por cada intervención destinada para afianzarlos” (DE CERTEAU, 2012, p. 15 – 16)

Aunque centrado en lo distintivo y problemático que resulta para la investigación histórica el fenómeno de la “crisis diabólica” como signo de las tensiones que experimentan sociedades tironeadas entre impulsos religiosos e impulsos seculares, este largo fragmento –me parece– ofrece claves muy interesantes para elucidar aspectos distintivos del fenómeno de la crisis en particular y de la fragilidad de lo social en general.

El primer aspecto dice relación con una serie de tensiones que se articulan y movilizan cuando una sociedad se confronta con la aparición de un fenómeno que altera la regularidad del orden y las certidumbres en las que descansamos cotidianamente. Entre ellas, la tensión entre la superficie y lo subterráneo; lo visible y lo oculto; el orden y el desorden; lo normal y lo extraño; la contención y el desborde; las certezas y las incertidumbres; la repetición y lo nuevo; la estabilidad y la inestabilidad; la continuidad y la ruptura; la experiencia y la expectativa. Es por esta razón que la crisis siempre se nos presenta y es vivida de manera liminal, es decir, como correlato discursivo, material y afectivo de las tensiones, contradicciones y divisiones que estructuran el espacio social. En efecto, la crisis emerge, circula, se cuele y amplifica a través de esas fisuras ya existentes. Pero también las profundiza y brinda nuevas formas. Si bien es cierto que solemos decir que las crisis son un fenómeno recurrente y no un evento excepcional, especialmente en las sociedades capitalistas, cada crisis –tal como dice de Certeau– nos deja un “paisaje diferente”. Puesto que, como apunta Arendt, “en toda crisis se destruye una parte del

mundo, algo común a todos” (ARENDR, 2006, p. 175). Las huellas que dejan las crisis abundan en las memorias personales y en los relatos colectivos, pero también sus efectos se acumulan como sedimentos en el espacio socio-material en el cual se despliega la existencia en común. Se podría decir –sin temor a exagerar– que las crisis siempre producen un archivo con una variedad de capas afectivas, temporales, físicas, discursivas; dejan un registro acerca de nuestras formas de vida y sus perplejidades.

El segundo aspecto dice relación a la dimensión epistémica de la crisis, es decir, el hecho de que existen situaciones que “revelan” cosas no vistas, dinámicas subterráneas o prácticas establecidas no tematizadas, cuya existencia y reproducción irreflexiva se torna problemática porque amenaza las bases de funcionamiento cotidiano de las instituciones, porque colisiona con valores o principios que a los que adherimos, o porque generan impactos destructivos y patologías en las formas de vida. En este sentido, las crisis abren una brecha de contingencia que pone en cuestión los arreglos sociales y sus fuentes de certidumbre. En efecto, las crisis nos fuerzan a buscar respuestas para resolver problemas que en la práctica desafían los criterios en los que comúnmente descansamos para encontrar tales respuestas. La crisis es un proceso social abierto de problematización a través del cual la sociedad se transforma a sí misma en un objeto de reflexión y observación. De esta forma, se plantea la cuestión no sólo acerca del cómo conocer y gobernar un fenómeno que pone en cuestión las categorías de conocimiento y las capacidades de control, sino que la pregunta acerca de la manera en que la sociedad se representa y hace inteligible –a través de qué discursos, recursos y explicaciones– en esos momentos de derrame, dislocación y exceso. Después de todo, las crisis sociales se tematizan y encarnan comunicativamente en distintos lenguajes y saberes que se trasponen, por lo que se tornan en verdaderos campos de fuerza en los que se ponen a prueba las posibilidades de producir sentido e interpretación del mundo. Lo que esto indica es que, como sugiere de Certeau, “toda estabilidad se apoya en equilibrios inestables desplazados por cada intervención destinada para afianzarlos”.

El tercer aspecto que deseo rescatar del fragmento de Michel de Certeau consiste en lo que propongo llamar la “textura” moral o

normativa de la crisis. Años atrás Habermas recordaba que identificar un problema social en términos de crisis ya implica atribuirle un sentido normativo (ver Cordero, 2014). La razón es que la identificación de la crisis inmediatamente demanda hacerse cargo de comprender sus causas, así como de abordar sus efectos no sólo a nivel sistémico o estructural, sino que sus efectos –muchas veces devastadores– a nivel de las experiencias concretas de las personas en sus mundos de la vida. En este sentido, tanto el diagnóstico como las formas de salida a las crisis conlleva la apelación a principios normativos. Las personas responden a las crisis movilizando, justificando y contestando valores y normas por medio de los cuales se pone en cuestión el estado existente de cosas y se imaginan otras posibilidades o cursos de acción transformadora. El punto relevante es que, paradójicamente, muchas veces las propias situaciones de crisis (y las respuestas sociales y políticas que buscan resolverlas) contribuyen a poner en cuestión y a devaluar tales principios, o bien bloquean la disponibilidad de recursos normativos para evaluar y responder críticamente. En efecto, “en la confrontación de una sociedad con las certezas que pierde y con las que quiere ofrecerse”, se acentúan las disputas normativas acerca de las formas institucionales y los valores que definen distintas concepciones de sociedad. A este respecto, las situaciones de crisis nos abren un espacio para explorar las incertidumbres normativas que ellas gatillan y las múltiples luchas por definir la forma de lo normativo en la sociedad (Cordero, 2020). Es precisamente por ello que las crisis contribuyen a visualizar la imposibilidad de clausura normativa de la sociedad en un principio o valor último.

Las crisis nos confrontan con la fragilidad de los fundamentos de lo social. Pero esta constatación no debería llevarnos a intentar ir en busca de tales fundamentos a la Habermas. Me parece que el camino más interesante para la teoría crítica está precisamente en explorar lo que ocurre en aquellos momentos en que los sujetos se confrontan con la contingencia, contradicciones e historicidad de esos fundamentos; es decir, aquellos momentos en que reaparece la *inquietud ontológica* acerca de qué constituye la sociedad, la *tematización práctica* de cómo funciona y la *discusión normativa* sobre cómo debería ser. Así planteada, la pregunta acerca de los fundamentos de lo social nos confronta no tanto con un problema filosófico abstracto, sino que con procesos concretos de

problematización colectiva y de reflexión normativa. Es en este marco que me parece importante poner atención a la manera en que en las crisis se movilizan y consolidan, ponen en disputa y estabilizan definiciones de lo social.

## II. La normalización de la crisis

Cuando comencé a trabajar en el proyecto del libro *Crítica y Crisis*, alrededor del año 2007, comenzaban a cristalizar los síntomas de la grave crisis financiera que arrasó a gran velocidad con numerosos sectores de la economía global y tuvo efectos devastadores sobre la vida cotidiana de millones de personas. Junto con la destrucción de valor económico, la dislocación de los mercados, el aumento estratosférico de la deuda pública, la dolorosa pérdida de trabajos, hogares y ahorros, y la precarización social producida por las políticas de austeridad, la crisis visibilizó las fragilidades ocultas del capitalismo neoliberal y los efectos corrosivos que la expansión de la racionalidad tecno-financiera tiene en la operación de las instituciones públicas y prácticas de gobierno, así como en la vida cotidiana de las personas.

Además de esta cualidad reveladora, la crisis también contribuyó a impulsar un proceso de renovación de la crítica al capitalismo a través de una pluralidad de movimientos y luchas sociales que problematizan la naturalización de las desigualdades, la concentración de la riqueza, la destrucción ecológica y la degradación de la democracia. En este contexto, sin embargo, la teoría social parecía paradójicamente desacoplada de lo que estaba ocurriendo pues, mientras el discurso público se saturaba con una heterogeneidad de diagnósticos de la crisis, el concepto mismo había abandonado el lenguaje de sociólogos y filósofos sociales en el Norte Global, quienes, desencantados de la negatividad de la teoría crítica y categorías marxistas totalizantes, señalaban que la “crisis” ya no era una semántica capaz de capturar las complejas dinámicas sociales de la globalización capitalista. En efecto, parte de la inquietud inicial del libro tenía que ver con entender qué es lo que había ocurrido con el concepto de crisis en la teoría social contemporánea, para lo cual me parecía necesario, metodológicamente hablando, comenzar por rastrear las huellas de esa “crisis del concepto crisis”.

Desde que Marx teorizara la inmanencia de las crisis en la dinámica capitalista y la permanente inestabilidad que ellas producen en la existencia social, el concepto mismo de crisis ha perdido fuerza crítica en las ciencias sociales. No cabe duda de que las ciencias sociales han sido tremendamente exitosas en producir investigación empírica a partir, sobre y en torno al fenómeno de la crisis, sin embargo, ello no ha impedido que la crisis misma se haya transformado en un cliché y categoría auto-explicativa para dar cuenta de cualquier forma de cambio sociohistórico, o bien para simplemente señalar la naturaleza crónica de los problemas sociales. Sin embargo, el tono normalizante del lenguaje de la crisis no es simplemente un resultado intelectual de sus epígonos; también se corresponde con la multiplicación de las crisis como el ruido de fondo del capitalismo contemporáneo y la forma desde la cual un número creciente de individuos y grupos experimentan la vida cotidiana. Es decir, la vivencia de la crisis como el estado normal de cosas.

La premisa base del libro es que la normalización de la experiencia de la crisis no debería ser razón para desechar el concepto. Por el contrario, es precisamente cuando la crisis experimenta su mayor grado de normalización que el concepto, en vez de ser fijado por una definición o reemplazado por otra semántica de moda, debería ser desplegado críticamente. Y esto significa, como sugería Derrida, plantear algunas preguntas simples pero necesarias: ¿Quién está hablando de la crisis? ¿Quién habla más sobre ella ahora? ¿Dónde? ¿A quién? ¿De qué forma? ¿En vista de qué efectos y de qué intereses? ¿Sobre la base de qué representaciones? En el contexto de una forma de capitalismo que exagera la propagación granular de situaciones de crisis en diversas escalas, el ejercicio de formular, repetir y localizar estas preguntas es fundamental para trazar el movimiento, la circulación y la operación conflictiva del concepto en la realidad social. Pero también (ver Cordero y Chernilo, 2010) para desplazar el foco de atención desde el desarrollo de una teoría general de la crisis hacia el estudio de la pluralidad de formas a través de la cuales las sociedades modernas visibilizan (aunque también ocultan) sus conflictos, excesos y problemas estructurales; tematizan (aunque también naturalizan) sus manifestaciones, causas y consecuencias; y prefiguran (aunque también bloquean) modos de acción, intervención y exploración de alternativas.



En la medida en que las crisis contribuyen a hacer visible la fragilidad de las instituciones y los límites de los principios que las organizan, nos confrontan con una experiencia altamente paradójica: por un lado, el reconocimiento de la constructibilidad, contingencia y plasticidad del mundo social y, por otro, la expectativa de encontrar bases, ojalá sólidas, que le proporcionen sentido, estabilidad y durabilidad. Vista desde este ángulo, la crisis no es simplemente un acontecimiento que disloca externamente el orden de cosas sino que un proceso social de problematización a través del cual la sociedad, o sectores dentro de ella, se transforma a sí misma en objeto de reflexión y crítica al hacer legibles los problemas estructurales y contradicciones internas que los arreglos institucionales reproducen cotidianamente. Pero, además de este componente reflexivo, la crisis también es un espacio de acción social por cuanto demanda respuestas a problemas objetivos y, en consecuencia, gatilla modalidades de intervención política, técnica y normativa en la sociedad. En este sentido, la crisis adquiere forma en los esfuerzos por gobernarla —por cuanto la definición de lo que está en crisis, el diagnóstico de lo que ha salido mal y las propuestas de cómo salir de ella se convierten en un objeto de disputa—, así como en la experiencia corporizada de los sujetos que sufren sus efectos —por cuanto allí las crisis dejan marcas que delinear la fisonomía de los mundos sociales que habitamos, sea porque bloquean las competencias para crear y mantener lazos sociales significativos o porque activan modos de creatividad y resistencia colectiva (Cordero, Mascareño y Chernilo, 2017).

A partir de esta dualidad, el libro trabaja la relación entre la experiencia de la crisis y la práctica de la crítica, no para demostrar su unidad indisoluble (tal como tienden a suponer la filosofía cuando asimila la crisis al *epoché* que posibilita epistemológicamente la reflexión crítica, o la teoría crítica cuando le asigna un valor normativo superior al momento de ruptura social), sino que para explorar las implicancias de su divorcio en la vida social. En efecto, aunque las situaciones de crisis perturban el orden social y son campo fértil para su contestación, la crítica es quizás una de las primeras víctimas en tiempos de crisis. La hostilidad hacia ella tiende a ser justificada en virtud de la demanda por decisiones e intervenciones rápidas que restauren la “normalidad”, posición ante la cual la crítica queda situada como una empresa ineficaz, meramente negativa, que no

ofrece ninguna garantía práctica acerca de lo que se debe hacer. En tales circunstancias, el gobierno de la crisis se transforma, paradójicamente, en una manera de bloquear la tematización de los conflictos sociales y los potenciales de transformación de las condiciones que gatillan crisis y producen sufrimiento humano. Es lo que ocurre, por ejemplo, cuando la experiencia de una comunidad expuesta por décadas a los excesos químicos de procesos productivos es literalmente invisibilizada por la búsqueda ciega del desarrollo, cuando la introducción de medidas de austeridad es justificada como un costo doloroso para las personas pero técnicamente necesario para tranquilizar a los mercados, o cuando el imparable flujo de refugiados que escapan de la violencia y la miseria es procesado policialmente. En todos estos casos, el significado de la crisis se enmarca en una lógica de acción que reduce la contingencia y pluralidad de la realidad social a un presente unidimensional (“no existen alternativas”), delimitando el espacio de significados y opciones disponibles para los actores. Ello redundando no solo en una despolitización que domestica la experiencia de la crisis, sino que en la clausura del debate normativo acerca de cómo lidiar con los problemas que como sociedad hemos producido. En este marco, el desafío de la crítica no consiste en ofrecer soluciones o salidas a la crisis sino que en problematizar su sentido para hacerla inteligible: describiendo otras posibilidades que las respuestas a las crisis pasadas han borrado en el tiempo o que bien resultan impensables bajo las condiciones actuales; conectando la operación de dinámicas sociales altamente abstractas con la experiencia corporizada de las personas; y confrontando a las instituciones sociales con la historicidad de las normas a las que apelan pero que son incapaces de realizar.

Pero las perplejidades que acompañan a la relación entre crisis y crítica en las sociedades actuales no sólo se manifiestan en la *normalización* de la experiencia de la crisis, cuando ella es gobernada por un monólogo de respuestas tecnocráticas exentas de debate público y que paralizan la imaginación política. También cristalizan en la *hipertrofia* de la práctica de la crítica, cuando ésta se resguarda en ideales abstractos que le permiten operar con prescindencia de la realidad fáctica y validarse como un discurso moral que promete redención futura de los males del presente, pero en el camino devalúa las instituciones existentes porque no están a la altura de la propia

noción de lo que deberían ser. Enamorada del radicalismo de sus conceptos, la crítica corre el riesgo de replicar su opuesto: es decir, convertirse en una nueva fuente de superstición que reproduce las ilusiones de los discursos a los que se opone, al tiempo que su aparente radicalismo contribuye a exacerbar la fragilidad de la vida social al desmantelar sus instituciones como si fueran edificios sin cimientos.

### III. El trabajo de la crítica

La traducción de *Crisis and Critique* al portugués, aparece en un momento en que estas tendencias se han agudizado y mutado de la mano de la crisis sanitaria, económica y social desatada por la pandemia del COVID-19. Un momento en el cual experimentamos con especial fuerza la fragilidad de nuestros cuerpos y los límites inmunitarios de nuestras instituciones sociales para contener el virus y lidiar con sus efectos. Un momento en el que la crisis se multiplica y entrecruza con los desafíos políticos y dilemas normativos que el ascenso del extremismo de derecha y los autoritarismos plantean a la convivencia democrática; los desafíos que la aceleración de la catástrofe climática plantea a la sostenibilidad de la vida en el planeta; los desafíos que la extrema concentración de la riqueza plantea a la justicia social; y los desafíos que el brutal resurgimiento del etnonacionalismo, la guerra y la violencia estatal plantean a los derechos humanos.

Crisis, crisis, crisis... En este momento de multiplicación y amplificación de la crisis, en el que las esperanzas emancipadoras se van adelgazando, en el que las respuestas a las crisis refuerzan sus causas, y en el que las crisis más que abrir posibilidades de transformación reproducen formas de dominación y clausura de lo social, qué lugar le cabe al trabajo de la crítica. En cierta manera el propósito del libro consiste precisamente en abordar la normalización de la crisis como una estrategia para replantear la pregunta acerca de las formas contemporáneas de la crítica social.

En un contexto algo distinto, pero con dilemas igualmente apremiantes que los nuestros, Hannah Arendt advertía: “una crisis se convierte en desastre solo cuando respondemos a ella con juicios preformados, es decir, con prejuicios. Tal actitud no solo agudiza la crisis sino que nos hace perder la experiencia de realidad y la oportunidad para la reflexión que provee” (ARENDR, 2006, p. 175). Bien sabemos que cuando esto ocurre las mitologías pueden reaparecer y el orden dominante puede reestablecerse con renovada fuerza. En efecto, cuando la crisis se torna en el estado normal de cosas, allí también se acumulan la rabia, la desesperanza, la vulnerabilidad y el sufrimiento. La derecha radical, los movimientos neofascistas y los líderes populistas han sabido aprovechar esta configuración transformándola en fuente generativa de un tipo de crítica social altamente destructiva, la cual descansa en exacerbar el escepticismo hacia todo aquello que aparece como objetivo, externo y común, al servicio de fantasías racistas, nacionalistas y antidemocráticas que, vestidas con las ropas de una nueva moralidad, corroen la textura del mundo en común. Pero la alternativa al fanatismo de la destrucción, para emplear una expresión de Hegel, no es escapar hacia el fanatismo de la contemplación; ambas reifican y nos distancian de la realidad de la crisis. La práctica de la crítica muchas veces queda atrapada entre estos dos polos.

En este contexto, el desafío de la crítica social reside en leer las cicatrices y marcas dejadas por esos procesos destructivos en las vidas de muchas personas, y en tomarlas como guías para explorar futuros alternativos. Visto con la distancia que brinda el tiempo, uno de los aprendizajes a la base del libro –pero que no está suficientemente elaborado– está en reconocer que una teoría social crítica no puede concentrarse solamente en el potencial disruptivo de las crisis como medio para poner en cuestión los arreglos institucionales, saberes y prácticas que sostienen el orden social y las formas de dominación. La relevancia de la crisis también se juega en lo que podamos aprender de aquellos individuos y colectivos para quienes la experiencia de la crisis es el estado normal de cosas, y en particular de aquellas instancias en las que los actores se involucran en prácticas de resistencia cotidiana que desafían la normalización de la crisis y sus efectos al generar condiciones para cuidar, reparar y regenerar la textura del mundo en el que les toca vivir y morir.

La persistencia de la crisis a la que me he referido no es solo la persistencia de un modo de vida que normaliza la crisis en la experiencia cotidiana de los sujetos. Es también la persistencia de un espíritu crítico que se resiste a aceptar la lógica de clausura de lo social a la que lleva dicha normalización. En contra de la lógica de clausura, el objetivo de la crítica no es sancionar definiciones correctas, señalar caminos de salida o plantear estrategias para transformar la teoría en práctica. Consiste en sumergirse en las perplejidades del mundo y mantener el enigma de lo social abierto: problematizando los mitos y abstracciones que habitan nuestros hábitos de pensamiento, así como aquellos que se hacen carne en el funcionamiento de las instituciones en las cuales se organiza la vida en común; reconociendo la fragilidad del mundo en común y enjuiciando las formas de su destrucción; y explorando territorios para la agencia, imaginación y experimentación política con otras formas de vida.

Después de todo, la verdadera crisis se presenta ante la completa ausencia de crítica, cuando se impone la creencia de que la sociedad en que vivimos es un cristal sólido.

### Referências

Arendt, Hannah (2006). *Between Past and Future*. London: Penguin.

Certeau, Michel (2012). *La posesion de Loudun*. México, D.F.: Universidad Iberoamericana.

Cordero, Rodrigo (2020). "The negative dialectics of law: Luhmann and the sociology of juridical concepts", *Social & Legal Studies* 29(1): 3–18. DOI: <https://doi.org/10.1177/0964663918819173>

Cordero, Rodrigo (2014). "Crisis and Critique in Jürgen Habermas's Social Theory", *European Journal of Social Theory* 17(4): 497–515. DOI: 10.1177/1368431013520387

Cordero, Rodrigo y Chernilo, Daniel (2020). "El problema de la secularización: Cuatro miradas a la fragilidad de los órdenes modernos", *Estudios Públicos* 159: 39–72. DOI: <https://doi.org/10.38178/07183089/1356190627>.

Cordero, Rodrigo; Mascareño, Aldo y Chernilo, Daniel (2017). "On the Reflexivity of Crises: Lessons from Critical Theory and Systems Theory", *European Journal of Social Theory* 20(4): 511–530. DOI: 10.1177/1368431016668869